

Infinito pixelado

Ana Claudia Machado



Ana Claudia Machado

Infinito pixelado



Infinito pixelado

**Ana Claudia
Machado**

Formato EBOOK

ISBN

Machado, Ana Claudia

Infinito pixelado / Ana Claudia Machado; comentarios de Viviana Bonfiglioli; editor literario Mariano Pennisi; ilustrado por María Gabriela Preti. - 1a ed. - San Luis: Mariano Pennisi (Editorial Caminos de Tinta), 2018.

96 p.: il.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-778-684-2

1. Poesía Argentina. 2. Literatura de la Provincia de San Luis. I. Bonfiglioli, Viviana, com. II. Pennisi, Mariano, ed. Lit. III. Preti, María Gabriela, ilus. IV. Título.

CDD A861 Machado, Ana Claudia.

Infinito pixelado, de Ana Claudia Machado.

Diseño y edición: **Caminos de Tinta** - Mariano Pennisi.
www.caminosdetinta.com / caminosdetinta@gmail.com

ISBN: **978-987-778-684-2**.

Tirada: 100 ejemplares.

Impreso por: Imprenta Digital S.R.L., Talcahuano 940,
1603BMB Florida, Buenos Aires, Argentina.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo
fotocopias sin la autorización expresa del autor.

Contacto con la autora: **anaclaudia38@hotmail.com**.

Primeros pixeles

Así como tomar una foto, un poema, posiblemente sea un artificio para detener el devenir.

Sentimientos, memoria, imaginación se hilvanan y se intenta dejar una marca perenne.

Es como fotografiar el devenir.

Un infinito inventado, recordado, otras veces esperado, muchas, adivinado. Es jugar a tener dominio sobre el tiempo.

Que ese infinito se pixele ante la mirada y se haga visible aquello que se viste de cotidiano, de trivial. Como también eso que duerme en nuestras aguas más profundas pero que intuye una circularidad, en la que tocar fondo es salir del otro lado.

En ese intento, este libro trae mis momentos pixelados y si hablamos de tiempo, llegan en una cronología a rajatabla, así como fueron pariéndose.

Aunque, como dice Jorge Luis Borges «Qué importa el tiempo sucesivo si en él hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde».

Mi invitación es a nadar en ellos y mi deseo, que ellos los empapen y sean puente a sus infinitos personales, a sus propias preguntas.

La autora

Agradecimientos

A mi abuela Ipa, por inculcarme el gusto por la lectura.

A mi madre, por la incondicionalidad.

A mis hijos, por su apoyo afectivo y que, junto a mi madre, me dieron el impulso material para publicar.

A mis compañeros del taller literario “Silenciosos Incurables” y a su coordinadora, la profesora Viviana Bonfiglioli, por el clima creado cada sábado a la tarde, por la escucha amorosa y por cada aporte después de la escucha. En muchos textos están algunos de esos compañeros y sus historias.

Y, finalmente, a Guárdula.

Palo Santo

Busco. Camino y busco. Reconozco esta casa que nunca vi. Una habitación me atrae y en especial esta antigua cómoda, cuyos bordes familiares recorro con mis manos.

Sobre el mármol rosado veo el abanico. Un abanico de madera de palo santo, caladas sus varillas en perfecta filigrana formando arabescos, como cientos de diminutos ojos. El agridulce olor, suave e invasivo, me transporta, tanto, que puedo observar la estancia como si estuviera colgada.

En el espejo del ropero, craqueladas sus aristas por el paso del tiempo, mi reflejo es un monigote, esa figura tan perfecta que, se ve, está hecha por el hombre. Delgada, simétrica y sin rostro. La angustia me hunde. El corazón, martillea en mis oídos.

Miro mis propios pies y manos con temor y hallo los míos, humanos, vacuos. Al insistir, muda y urgente, en encontrarme en la lámina ajada del espejo, me veo esta vez, mis ojos delineados en oro y añil, las mejillas exageradamente rosas, una filigrana, esta vez de puntos multicolores que adorna mi frente y mi nariz. Debajo de los dibujos, la superficie tersa y muy blanca de una máscara sonriente, irónica, mía, tallada en palo santo.

Algunos griegos

Ofrenda humana

¿Será que el encierro sea la libertad?

Día tras día, pidiendo a los dioses, hasta que al fin me han oído.

Todas las piedras han magullado mi piel, todos los insultos proferidos me hicieron su dueño.

¿A quién hago daño con mis delicados modales?

Tal vez, aquel fantástico ser me reciba cálida y amorosamente...

Dispuesto voy, no sólo a darle mi vida, sino a que vea quien realmente soy.

Día tras día lo he soñado, y hoy, los dioses se apiadaron de esta alma encerrada en un cuerpo que no comprende...

Como tampoco lo hace mi prójimo, que feliz vitorea un tiempo más de libertad.

Tal vez, la dentellada toruna se convierta, Oh Zeus, en el beso que me libere.

Minos y Ariadna

Minos: Algún día, todo esto será tuyo.

Ariadna: No quiero que mi poder dependa de un ser fantasmagórico, salvaje.

Minos: ¡Deberás valerte de todas las estrategias para mantener el orden!

Ariadna: ¿Cómo puedes decirme eso, padre, si dentro de este sitio se encuentra la prueba de tu falta de ellas?

Minos y Teseo

Minos: Esa altivez que escupe tu mirada te coloca en la línea de vanguardia.

Teseo: No es altivez sino hartazgo de vernos sometidos.

Minos: ¡Baja tu rostro e inicia la jornada final!

Teseo: No será final, si los dioses me han oído. Y me han oído.

Ariadna

No espero más.

La madeja que sostengo en mis manos, perteneció a la urdimbre que envolvió mi corazón, confundiénolo.

Toma el extremo, Asterión. Ojalá comprendas que estamos inexorablemente atados a un designio de amor, hechizo y muerte...

No esperes más.

Reconocerás al portador de tu llave por su mirada.

Otro Minotauro

La mariposa naranja acaba de irse. Es bueno verla llegar, posarse en las plantas que conforman mi casa. Me doy cuenta de que mi estado de ánimo mejora cuando algún ser vivo está cerca.

En los días soleados, aprovecho que hay grandes extensiones sin techo, y camino, con el cielo sobre mi cabeza, esperando a cada pájaro que sobrevuela... ¿Adónde irán?

Noto que, de cada ser viviente que hallo, hay más de uno. Entonces irán a reunirse...

Debajo de aquellas escaleras, donde esta húmedo y oscuro, las lombrices se arremolinan unas con otras. ¿O será una sola? Como yo...

De noche, insectos y luciérnagas hacen que me sienta rodeado por multitudes.

Aquí viene de nuevo... Lamento esta sensación tan ambivalente como conocida. Ya conté muchísimas hormigas, pero no puedo distraerme. Este hueco en mis entrañas me empuja por los corredores de mi casa.

Comienzo a sentir el olor y ya no puedo ver mariposas ni pájaros.

Sólo este ser. Tan similar a mí...

Pero tengo hambre.

Minotauro y Teseo

Minotauro: Tu olor es como el de los demás, el de la presa que sabe que son sus últimos instantes. Sin embargo, tu pisada es firme en mis oídos. Debes ser otro de aquellos que pretenden salir de aquí con mi testuz en una mano y la espada caliente en la otra...

Teseo: El único miedo que hiela mi sangre es el de no librar a mi pueblo de tus fauces. ¡Tu hora es ésta!

Minotauro: ¿Piensas que con mi muerte los temores de tu gente cesarán? La pequeñez, el egoísmo, la maldad encuentran cobijo en el corazón de cada mortal. ¿Se atreverán a enfrentar su monstruo personal a mi partida?

Teseo: ¡Calla! ¡Ya presienten el albor de libertad que hundirá este artificio de desolación por siempre!

Minotauro: Sabes bien que no encontrarás salida...

Teseo: Eso crees. Ariadna de luz me ha dado el salvoconducto para lograrlo cuando haya acabado con vos.

Minotauro: ¿Hermana?

Teseo: Ella.

Minotauro: Hermana blanda, dorada, cítrica... Pobre ser, ¿cómo podrá sobrevivir con esto?

Teseo: ¡Muere, Bestia! ¡Capricho vergonzante de la carne!

Minotauro: Acá entrego esta carne. Mi cuello clama ahora por el filo mortal. No lucharé. Haz tu faena, ateniense... Ya no estoy aquí.

Sueño vegetal

De tanto soñar para los vegetales, me vuelvo verde.

Y digo me vuelvo, porque es regreso, porque es recuerdo.

Es romper barreras, quebrar creencias, trasponer cascaras y transformarse.

Mutar a brote, vulnerable y frágil, y con la historia adentro que empuja en las tinieblas que meten miedo, por oscuras, porque las piensa.

Cuando las siente, lo negro es tierra, es Madre, es vida y la vida explota en terco tallo que siempre busca la luz y será por eso que la encuentra.

Mil manos pidiendo para devolver, atravesadas por ríos de savia palpitante, dan sombra a colibríes, a abejas, a moscardones, a mariposas, que devoran lujuriosos el elixir de su seno y desparraman simiente ancestral.

Así, mi sueño convertido en viaje, en preñez ligera y llena, ya no es sueño. Es materia. Y soy verde. Y empiezo de nuevo.

ADN

Y fue que decidió navegar por una suerte de jarabe viscoso que resultó que lo impregnaba todo. Lo impregnaba y lo iluminaba, no con furiosa luz, sino con un verde apagado, que se hacía verde al ser recorrido.

Cuando recordó el firmamento, en ese instante, el jarabe mutó en cientos de corpúsculos de formas disímiles. En el corpúsculo mayor, intuyó, vio el nombre de todas las cosas. Oyó su latido y lo atravesó, habiéndole dejado la tarea signada.

A medida que se alejaba de este centro, la viscosidad aumentaba y un color terroso, abrazaba, atesoraba al navegante y lo navegado.

A modo de fin, como todos los principios, tocó la rugosa frontera, que estaba allí para ser rota, vencida, lacerada por la nueva marea que la atropella, despiadada.

Onirogénesis

Tanto es mi deseo, que de mi puño apretado surge tu puño apretado. Con sorpresa, veo que tu mano se vuelve blanda y tibia y se expande en tu brazo. Éste, en torso amplio y en la otra extremidad.

Soy testigo de tu génesis.

En tu rostro nuevo, una sonrisa franca. Entro por tus ojos al fuego de tu corazón y veo como el viento te relata historias que ya conocés.

Desde tu vientre arbóreo se enraízan, firmes, las proyectadas piernas. La tierra generosa pone en movimiento tu sangre.

¡Oh, Madre!, otorga aliento al Ser de mis desvelos, para que juntos creemos universos.

Presencia

Aquí estoy, en el momento adecuado y en el sitio correcto. Siendo testigo de toda mi vida en un instante.

Con certeza, intuyo que todo ha sido para bien.

Voy pudiendo exorcizar mis miedos de hielo, mis dolores de herrumbre y, en su lugar, regar praderas verdes.

Mi pisada es intensa, osada, sin embargo no dudo en torcerla, fiel, cuando la atracción me golpea la cara.

A mis espaldas, la fuerza ancestral que me sostiene y me impulsa.

Intentos

Mi fruto no es fugaz.
Te pertenece,
como el lunes y el mediodía.
De la muerte,
intenta escapar la luz,
como huían los mares
de la fulgurante orilla,
y en el intento,
se arremolinaban,
rotos.

Decisión

Como un eco acuoso de campanas,
la certeza me apuñala.
Hasta acá llego.
Pude ver que es gris y descamado tu relato
y lo oigo, como un murmullo sordo,
disecado de música.
No es postiza la tierra de mis huesos
pero la arranco, la quemo.
Como una camisa triste, aislada.
Me voy para venir.

Rutina

Como un abrigo impuesto,
envolvente y quieta,
empuja mis pasos ciertos.

De mis huesos, brota
y se vuelca en mi obra
que es cíclica y marrón.

La calle seca
se enrula terca e idéntica
y me devuelve, mansa.

La noche me devora
y en sus tripas,
juntas, amasamos el devenir.

Los cerros de enfrente
son siempre los mismos
pero los veo nuevos, con el sol.

Angustia congelada

Es fácil decirlo
"somos espejos".
Suenan bien.
Sin embargo,
lo que veo no me gusta
lo echo afuera.
No me reconozco en vos.
Esa tristeza, gris y pastosa,
me resbala,
no me pertenece.
Ella depende de vos.
Somos espejos.
Congelados en la angustia.

Fe en el olvido

La suma de todas mis partes.
Una bocanada de aire fresco.
Todas las dagas crueles.
El recuerdo vivo de cada piel tocada.
La angustia serpenteándome las tripas.
Los besos que te estaquean en el presente.
Esos dolores tibios y perennes.
El sonido de risas y de mi nombre.
Los que están y los que no.
La suma de todas mis partes
sería resta,
si tuviera fe en el olvido.

Palabra incierta

(Estimulada por Celina Amado)

Dudo.

¿Cómo decir esto?

(se lamenta la palabra incierta,
de no parirse).

Tiemblo.

¿Será esto o aquello?

Mejor callo,
y agonizo luego.

Elucubraciones

La luna llena y mágica.

Noche clara.

Viento tibio.

Frutos rojos.

El vino tinto y cerca.

Arden leños.

Tu piel brilla

y promete.

Sos el mundo.

Velos que ceden y caen.

Vidrios que lloran.

Somos luna.

Niña eterna y nueva,

algo calla

cuando siente.

Huellas secas

en su barro, laten verdes,

hacen eco,

cobran vida, mueven sangre, causan gracia.

Reconoce el milagro

y se abre,

misteriosa.

Cara de mandala

El sol complaciente
en este frío de julio,
se replica compinche
en tu cuerpito de prisma blando.

Cara de mandala,
manos de algodón,
campos de lavanda brotan
de tu piel de inocencia.

Danzarán de galaxias,
con sonrisa permanente,
tu media lengua espaciotiempo,
aún no puede decirme, lo que tus ojos.

Te regalo una estrella
para que cuelgues en tu guirnalda,
tejida de pinturitas
y de canciones.

A Indio.

Contacto

La piel, bordada de libélulas,
aleteada de certezas,
me habla sin decir nada.
Mi centro comprende.
Me digo que ya es tiempo.
El cuerpo, barco y timonel.
Confío en el abismo,
que siempre es hacia adentro.

La piel, aleteada de libélulas,
bordada de certezas,
me habla callando.
Mi centro sabe.
El tiempo es ahora.
Mi cuerpo es barco y timonel.
Confío en el espejo,
donde refleja mi abismo.

Terrestre

La alegría que disuelve los terrones de mi sangre,
la que modela mi arcilla y me echa a andar
caminos,
es la raíz profunda que me sostiene
cuando la tormenta grita.
Pachamama acunó mi siembra,
la que supe plantar en su pozo oscuro.
Este árbol que soy, se irguió en su barro
cuando llegué a éste,
mi terruño elegido, bordado de montaña.
Como un hornero, con su adobe, amasé cada
ladrillo,
como pude.
Cada terremoto me enseñó más equilibrio
y decidí arrancar sonrisas de su vientre telúrico.
Construyo gratitud, como tumba de la pena.

Así la veo

De entre las sombras sale,
avanza, siempre avanza.
Atraviesa puertas cerradas
cuidando de dar muerte
a sus terrores amontonados
como esas ballenas,
en un golfo patagónico.
Le sobra un ojal,
le falta un botón
y ya no hace sacrificios.
Sin embargo,
se esfuerza por ver lo sagrado,
en los hombres, en las personas.
Suele regar su páramo personal
usando un llanto postergado
cuando esa queja ancestral
le aturde la noche
como un cuadro envenenado.

Plutoniana

Tomá mis espinas, tocalas,
después de los horrores
me quedaron unas cuantas.
De mi rostro deshojado
van asomando
unos pájaros amarillos
que se atrevieron a venir,
después de reírse
de esta fábula que soy.
Que soy o intuyo.
Armada de extrema lucidez,
a veces,
y otras desperdigando esta identidad
que sólo es presagio del pasado.
Como recordarás,
nunca te dije tener
antepasados etiópicos.
Sólo plutonianos, sabelo.

Retrospectiva intergaláctica

El mundo no debe habernos extrañado tanto.

Tardó un par de días en notar que volvimos. Y nos vio, sólo porque le pasamos cerca, oliendo a lago con carpas, a yuyo de ajo.

No pudo menos que notar nuestro regreso, porque en nuestros viejos lugares encontró aire comechingón y, en vez de un yo, había un nosotros.

Costó un triunfo salir del laberinto de tanto mate dando vueltas.

Aunque desatarse de la madeja que tejían los pinceles mientras giraban mojando la mancha del otro, no fue menos difícil. Lejos de ensuciarla, exaltaba una galaxia desparramada sobre el mesón.

Galaxia de gente explorando cada cuarto, cada pasillo, con ojos de primer día, hundiéndose en una caverna de cañas, más allá de las pircas, regresando por esa avenida de única mano después de topar con un lago quieto y marrón.

¿Quién podría tener el coraje de romper esos círculos? El de siempre y uno nuevo, muy viejo. Lágrimas y risas, papel y abrazos nos desafiaron a permanecer en el centro. ¿Cómo negarse?

El mundo no debe habernos extrañado tanto.

Ni se dio cuenta del pedacito que dejamos
escondido en la galería, ni de que mi sangre es verde.

No soy la misma.

Algo habremos hecho.

A Isabel Ezcurra.

La punta del iceberg

Amamantado con frío y deber ser,
no conoció calor.

O le temió, como al veneno.

A veces, en su ruta,
alguna corriente cálida

lo acaricia
y el terror de desmoronarse
lo acorrala.

Entonces cae en la cuenta de que más profundo,
un fundamento gélido
es su nómada raíz.

Y otra vez
se pertrecha en ese universo de cristal,
amurallado, protegida su fría máscara,
lejos del depredador,
lejos del sol,
lejos de mí.

Dolor abisal

Si respiro, duele.

Si miro, duele.

Duele este dolor.

En el más profundo abismo azul,
el agua esta quieta.

Pululan fantasmas
que dan vueltas y vueltas
y soy su eje.

Se ven.

Una luz gelatinosa y gris,
los hace visibles.

Una luz lejana, un espejismo de la luz.

Duele esa luz,
por distante y fabuladora.

Desciendo a ese fondo pegajoso y frío
con el dolor como ancla.

Me arriesgo a fenecer,
anestesiado e indiferente.

El baile tonto y monótono de mis fantasmas
me mantiene despierto.

Aún, prefiero que duela.

Hija del trueno

No soy tan buena,
ni siquiera tan mala.

Soy hija del trueno,
llanto de estrellas.

Aguaceros tenebrosos anegaron mi alma
sólo para verme renacer multicolor.

¿Acaso tu cabeza se fue volando a orbitar con
Plutón?

Tanta búsqueda infinita para concluir que el mejor
viaje es hacia adentro...

¿Preferiste partir tu abrazo para que no te
brotaran alas?

Como yo, vos sos semilla de galaxias y tu destino es
impecable.

¿Quién masticó tus piernas y las escupió al barro
sin sospechar que allí mismo germinabas?

Enraizada en la tierra
con linaje del cielo.

Soy hija del trueno.

Mi mandato es darme a luz
después de cada tormenta.

Instante rojo

Se me desangran las alas, se me descuelga la vida.
El corazón enjaulado se me encabrita en este gris.
Cientos de alas me hipnotizan, recordándome el
cielo.

—¡Vamos! ¡Volá!

No hay adónde huir.

Sólo a este encierro tibio del hastío seguro, del
miedo.

Llagas en mis pies se agigantan cuando intento
caminar.

Tus dagas hieren menos que las mías propias.

—¡Dejame salir!

Un instante rojo me obnubila los ojos y me apura
la mano que aprieta este acero...

—¡Vamos! ¡Volá!

—¿¡Qué hice!?, padre nuestro que estás en el cielo.

Compro mi vuelo al precio más alto.

Ahora las mariposas son negras.

Manchada de tu sangre y no de la mía, corro.

No hay adónde huir.

Libre de tu puño, enjaulada por la culpa.

—Pero, si yo te amaba...

—Perdona nuestras ofensas, así como nosotros
perdonamos...

Rastros de azufre

Y allí estabas,
descendiendo al quinto infierno,
con sus filosas paredes
descascarando tu cuerpo,
con el miedo como motor
y el amor, como todo manto.
La oscura crisálida del silencio,
nido de tu acribillada inocencia,
atenaza tus vísceras
y es imperioso salir.
Caminás,
a veces por ligeros atajos
de pena disimulada.
Otras,
pidiendo la muerte
como bendita y dudosa anestesia.
Una certeza infinita acude en socorro
y cruzás,
casi sin entender.
Al volver, tus pasos dejan rastros
de barro y azufre.

Caja de mar

¿Podés decirme lo que han visto tus ojos alados o lo que están pensando tus muslos?

Tu armadura lustrosa intenta proteger tu interior vegetal y ese encaje que la disimula no es más que espuma que brota del mar de tu vientre. Un mar eterno y líquido, donde flota la galaxia que pesa en tus caderas.

¿Sos metal o espejo, mujer que pare mis preguntas?

Piel de jardín

Mujer en pasteles, ingrávida, con piel de jardín, una percepción nueva florece de los mil ojos que te envuelven.

Desde el centro de tu pecho, tu corazón me mira y se deja ver. Debajo de él, pezones filosos apuntan al infinito.

Huelo la flor de tu ombligo, relampagueando en naranja centrípeto.

Hay un diamante hueco en tu pubis de selva.

Desde tu hombro derecho, el pájaro esperanzado te recuerda tu libertad.

Desdoblada

La gota amarilla colma el hastío y, así, mis células hambrientas beben luz.

Mi deseo parido desborda su cauce mientras tu piel cierta espera en la distancia.

Esta nube tibia cobija al sueño, para que el universo cómplice haga de espejo.

Una corteza exacta amuralla los miedos y los ciclos se suceden, diferentes, exquisitamente preñados.

Cinco microcuentos

Saco de dudas

Estaba incómodo, inquieto. Se levantaba, se sentaba. Cuando lo colgó del perchero se sintió mejor.

Espera

Detrás de la persiana, tiene la vista fija en la misma dirección. El tic tac le retumba en todo el cuerpo.

Vida después de la muerte

Todos lloraban. Él no entendía nada.

Quiso calmarlos y no tuvo voz.

Quiso llorar con ellos y no tuvo lágrimas.

Cuando se vio tendido, se dijo «Debí tomar ese curso zen».

Viaje nocturno

En el colectivo. Del trabajo a casa. Olor a rosas. Somos tres pasajeros y nadie lleva flores.

Frío mortal

La tarde del viernes encontró al señor que vende churros en la plaza Pringles, tirado en el piso para siempre.

Rodeado de curiosos, habían intentado cubrirlo con un paño amarillo que sólo tapaba su cara. Sus botas apuntaban al cielo. Tenían las suelas nuevas que no alcanzó a gastar. Tampoco a pagar.

Manos humanas

Estas manos mías, fuertes, blandas.

Manos agua.

Manos leche.

Manos vida.

Manos que tomaron y que rechazaron.

Que cobijaron y que arrancaron.

Que acariciaron y que golpearon.

Que ganaron y que malversaron.

Manos que cultivaron y que desintegraron.

Que anidaron y que ahogaron.

Que acogieron y que empujaron.

Que pulieron y que rasguñaron.

Manos que excitaron y que abofetearon.

Que rescataron y que hundieron.

Que cocinaron y que envenenaron.

Que regalaron y que transaron.

Manos que oraron y que horadaron.

Manos Agua.

Manos Leche.

Manos Vida.

Manos Yo.

Manos celestes

«Hay galaxias en tus manos celestes»,
se dijo, o pensó o imaginó
mientras miraba sus manos en el espejo
para recordar quién era.
Tan lejanas que acercaban el punto de encuentro,
contradicción arremolinada pulsando en las venas.
Piedramano al sol.
Manos que destraban y abren caminos.
A veces, hieren. Otras, halagan o amasan vida.
Filosas como chismes,
Cruelles como hiedras,
O cálidas como caricia prohibida.
«¿Prohibida por quién?»,
se preguntó, o pensó o imaginó.
Manos de luna en espera,
arrugadas de muerte.
Escuchaba que le dolían de tanto callar.
Apergaminadas por no conocer descanso,
se trepan en el tiempo para no olvidar.
Y hablan. Cuentan historias que no saben.
Con un hastío plano
que adormecía hasta al sueño.

Elementos desbordados

Lo confesaron.

Se declararon culpables.

Todo comenzó por dormir separados:

Él se llevó consigo el fuego que lamió las sierras
y las hizo temblar.

Ella, sin poder dormir,

quedó temblando y en llamas.

La condena será abrazarse.

Y abrasarse.

Tenacidad

Testaruda y elaboradamente enamorado,
ensayo grandilocuentes tonterías,
sólo para que me tengas en cuenta.
Tu indiferencia me fecunda las ganas
y memorizo históricos ademanes frente al espejo.
Sólo te deseo una juerga de libélulas
en el estómago,
pero no consigo zafar de tu desdén,
como si fuera un sencillo carrero,
en lugar de este poeta llano y tenaz,
adorando a su deseada ninfa,
espetándole abracadabras inútiles.

Precesión

Embadurnado en adobes mezquinos,
tapiado de fortaleza,
un laberinto de puertas abiertas
esperaba ser descubierto.

La suma de todas sus partes
claudicaba,
con la llave precisa,
con el aroma perfecto.

Sorpresivamente,
sus genitales giraron en torno al sol
y en un equinoccio,
lo dejó asomar a través del vidrio polarizado
de su miedo.

—¿Miedo? —dijo—, qué contradicción...

Parece el recuerdo
de una película de segunda que no se puede
olvidar.

Ahora, guirnaldas de momentos
adornan un cuello que intenta no hacer planes.
Se estaquea al presente
con agujas delgadísimas, para no irse.
Por si acaso, cada tanto se asegura
de que la cerradura
sea sólo un adorno en aquella puerta.

Despielando

Me despielo, sí,
como bicha,
arrastrando me despielo.
Accionudamente,
o no tanto,
decido dejar de andar
pesareando por ahí.
Sueñeteo, tímida
pero heroiquísima,
acariciar el cieloazul.
Y me sorpreseo,
(vaya si me sorpreseo)
cuando veo mis yemas
azulcielo, destellando turquesa.
Implacabilísticamente
me dispongo a corazonear,
ya no tanto a estar
estomagueando
de pura rapidansiedad.
Veo y me veo
con nuevos ojosluz.

Profecía de lluvia

La lluvia será de mar, de espejo, de luz, de
serpentina, de estaca.

La lluvia será de mar,
inundará los surcos de la piel.
Salará cada dulzura inhabitada,
amarrocada,
no revelada.

Será de espejo
y reflejará tu cara espantada,
te devolverá con creces,
aquello que duerme
en el pozo de tu mano.

Será de luz y no escatimará
en hacer resplandecer
eso,

agazapado, mudo
y que sin embargo intuyes,
y que sin embargo late.

Será de serpentina.

Y bailará y bailará y bailará,
y hará música con nuestras risas
y envolverá nuestras piernas
y nos hará rodar.

Hasta nacer.

Pero será de estaca
y nos clavará al presente
aunque nos muramos, tercios,
por ir al futuro
o, peor aún,
aunque nos desintegremos, idiotas,
por regresar al pasado.

Don Gervasio

(Su pared de aromos y las virtutas de mi alma)

Volveré a ir.

Ojalá no haga falta.

Pero si hiciera, volvería a ir.

Llegaré con las virtutas de mi alma entre las manos.

Desbordada, volcada.

Y Don Gervasio estará allí, eterno, parapetado detrás de la tranquera de sus brazos cruzados, clavado a su mundo como una estaca de años.

Él será lo firme que me haga falta.

Gervasio tendrá ese gesto cincelado en la frente.

Se tomará los brazos, los antebrazos, los codos, con sus propias manos de gigante, como sabiendo que necesitaré algo firme, algo quieto. Algo que pueda contener una marea viruteada, descamada, hecha charcos.

Todo en ese paraje estará preparado para que pueda hacer pie. Gervasio, el corral hecho de puros palos secos y la pared de aromos, verdes de vergüenza, por estar enteros, hundidos en la tierra y mirando al cielo.

Todo será imagen y sostén.

El silencio de Gervasio perforará mis tímpanos y me obligará a evaporar aquella agua seca y fragmentada.

Médium canción

La canción, como médium en trance,
nos vuelve a reunir.

Esta vez, sin el dolor, sin el espanto.

Acordes conocidos eternizan
el pacto de un amor que sólo mutó.

Nada para ver
pero aparece el mar y lo oigo
como una ciega.

Me llega tu voz muda,
desde la boca quieta, tibia, frutal.

Certezas relampagueantes
me atraviesan y me dan paz.

Venís a contarme tu luz.

Y en este tiempo, no-tiempo,
tiempo desdoblado y vuelto a desdoblar,
sé,

que somos vestigios del futuro.

En diálogo tácito,
las puntas de tus dedos infinitos,
apenas tocan el marco de mi aura.

Mi acuario siente tu beso
y mi piel, un abrazo intocado.

A duras penas y blandas alegrías
voy haciendo

esos largos viajes por llegar.
Estás aquí,
tan cerca, tan lejos...
Siento tu dolor,
que vino a ser exorcizado, comprendido, honrado.
Este mago me presta su varita
para pedirte perdón y para dártelo.
La espera sólo ocurre en el tiempo.
Descansá.
Todo se iluminó.
En donde nos encontramos,
el mar está descansando.
Tiznados de luz, recuperamos la fe.
Ya no hace falta embriaguez
ni bocanadas de alegría prestada.
Se cierra un círculo,
nada nos debemos, estamos en paz.
Se abre un círculo,
mi sombra resplandece.

Haber

Aprendí a tener paciencia,
a que cada quien tiene su tiempo
y que a veces no es el mío.
Aprendí que todo pasa,
que el llanto más amargo un día cesa
y que las risas se multiplican
y hacen eco.
Aprendí a ser fuerte
sin perder la ternura.
Aunque en todo aprendizaje
es común tocar los extremos.
Aprendí a saber cuándo callar
y a decir, cuando es preciso.
Pero más aprendí a mirar
y a mirarme en el otro.
Aprendí que respirar
es el mejor remedio para cualquier mal
y que ningún mal lo es tanto.
Aprendí a desaprender
para aprender de nuevo.
Y así.

Mujermiel

Panal mujer,
colmena grávida
de encuentros metamorfoseados.
Extático ADN,
lleno de luz protoplasmática
en cópula infinita.
Buscás entender el origen
en un abismo de pétalos.
Mujer panal.
Alfa y omega.

Definición de Caos

Juego de naipes en el aburrimiento de un dormitorio. Se mezclan y se tiran a un abismo. Como caen, caen.

Privacidad de planeta

No le faltan colores.
En él conviven paisajes opuestos,
a veces entreverados.
Aquí, lo uniforme es lo distinto.
Las rocas hacen de escalera,
también de muralla.
Tiene túneles recorridos mil veces.
Otros, cancelados.
A sus estrías les brota un agua mansa
que refresca la atmósfera
o confluye en otras costas,
tumultuosas,
preñadas de sol,
hasta que tormentas eléctricas
oscurecen su cielo
y sus océanos.
El silencio, como las risas,
imprescindible.
También cierta soledad
y cierta compañía.
Sus ciclos son veloces, intensos,
profundos.
Del desierto nace el bosque,
del bosque el agua,

del agua, estrellas.

De ellas, mujeres y hombres.

Clarividencia

Cansada de andar, se sentó a echar raíces.

Palabras nuevas le borboteaban en el pecho.
Permutó signos de pregunta por los de exclamación. Donde
había comas, puso puntos.

Supo que sólo podía germinar en sus sueños, esa
leve materia con la que amasar el mundo.

Sostuvo cada letra para no morir a versos.

Y sin leer, se leyó.

Una muestra simultánea

Un círculo y una consigna.
El pastel que se oscurece
detrás del tul de la ventana.
Siempre la emoción pulsando.
Sube un perfume dulce.
El runrún familiar del sábado.
Te traigo porque te extraño.
La niña que añora tu brazo.
La mujer que se alivió llorando.
Un interior naranja,
nunca silencioso.
Parches de gramilla seca.
Debajo de la piedra,
tierra negra.
Círculo de mate hermano.
Sube un perfume suave.
Siento tu abrazo.
Detrás del tul de la ventana,
el horizonte amarillo
despide el día.

Infinito pixelado

Intento una mirada periférica, una periferia que abarque lo que enumero, como si lo que enumero fuera todo. Es apenas todo lo que enumero. El intento me lleva al centro y de allí de nuevo se va por las ramas. Inasible y contundente. Errático. Un centro que parece quieto pero es el germen de lo que se mueve. Una periferia que no lo es, porque se expande. Entonces, fotogramas vivos se cuelan.

Mis dientes de lata y el destello de los ojos de los nietos. Una mudanza a otro hemisferio. Regresión a vidas pasadas. Salvarme de la episiotomía del cuarto hijo. La certera daga de la traición. Las infinitas posibilidades de la física cuántica. Los celos animales del enamoramiento. Un potus explotando en un frasquito. La cuadrícula de los campos desde un avión. El amor invariable y terco. El miedo invariable y terco. Carmen recordándome mi luna en Escorpio. La luna llena sobre los cerros, frente a casa. El Aleph y mi padre enarbolando la revista Satiricón. Una piedra de la pirámide de Tulum. La Cruz del Sur vista al revés. Creer que nunca iba a volver. Saber que hoy es todo. Las tormentas eléctricas sobre el Paraná. El perfecto momento del Darse Cuenta. El final de un escrito redondo. El encuentro con el otro. Asociación libre. Ver y verse.

El centro como combustible de una periferia enrulada, agazapada. La periferia, como el centro que se

desdobra. Como es afuera es adentro. Todo me refleja y me reflejo en todo.

El infinito empieza en mí.

Soy el infinito con más o menos píxeles.

Mutación

Como ayer fui epidermis,
hoy soy víscera.
También soy suma
en lugar de trozo.
De tanto ser limón,
muté a amapola.
Creí en el destino,
hoy soy el presente.
Ayer escuché con los ojos,
ahora veo
con mis tímpanos.
Soy carozo
y también piel.
Puedo ser cortina,
y pared.
Me pienso sangre
y me siento aire.
Me levanto brote,
ya no ceniza.
Hoy mis sienes respiran;
mis empeines, levitan.

Castigo

Un hambre áspera, azul, le untaba las tripas y lo despertaba antes que la claridad se colara por el tragaluz.

No sabía si la noche era eterna o lo era el día.

En vano rebuscaba en los sitios de siempre y en los menos obvios algún rastro de pan o de queso.

Las horas se sucedían pesadas y espesas, como su saliva.

Si tenía suerte, la modorra o el hastío (no sé bien) le regalaban un sueño oportuno que dividía ese tiempo plano, hostil, en porciones.

Al despertar, calculaba cuánto se había ausentado de la realidad por la tonalidad de las paredes que iban en un degradé desde gris hasta negro.

Muchas veces permanecía hecho un ovillo, tomado de sus pantorrillas, oyendo su respiración, lenta, húmeda.

Otras, esas veces en que la angustia se disfraza de furia, se echaba bocabajo en el piso y hacía lagartijas hasta que los brazos se le entumecían y caía de bruces, sin querer.

Entonces, se juraba a sí mismo y a sus ancestros que, apenas saliera, haría largas caminatas bajo el sol y que no repetiría los errores que lo traían a este hueco del mundo, cada tanto.

A la morochita

Vení, morochita.
¿Ves?
Cuando fui yo quien decidí,
los rulos fueron largos.
¡Me gusta tanto saber todo lo que te divertís!
Ese acopio de alegría
tal vez fuera lo que parió tu fuerza.
Vení, morochita,
ahora estoy yo para abrazarte.
Para darte la mano
y cruzar la calle.
Sí, todo fue muy terrible.
Pero no se apagaron
las lunas de tus ojos.
Llorarás esas pérdidas
y muchas otras,
hasta que sepás
que nadie se va del todo
si nos toca el corazón.
Mirá, morochita.
Si ves que pasa un día en que no hablamos,
por favor,
hacé sonar los cascabeles de tu risa.
Traeme hacia vos.

Desmemoriado

Como un desierto de mesa tendida, trata de componer una vida sin memoria.

Prolijamente, cada día se ocupa de vaciarse de recuerdos y vive como si aquello no hubiera ocurrido.

Apila esos pensamientos en un rincón y sigue adelante. Necesita hacerlo. A veces, esos recuerdos se desmoronan, caen, hacen ruido.

Entonces, se toma el trabajo de volverlos a amontonar.

Los tapa. Con objetos, con sustancias, con gente nueva. Los apuntala con mentiras, con silencios.

Ellos, tercos, regresan de noche, se hacen soñar, le tiran de los pies debajo de la frazada.

O de día, en conversaciones inoportunas, alguien toma uno de sus recuerdos de la pila y lo trae, lo examina.

Él, sólo escucha o responde con frases hechas, cortas, de esas que no tocan el corazón.

Pero es joven, aún no sabe que la madurez se construye aprendiendo a vivir con esos recuerdos.

Aún no sabe que si toma de a uno a sus fantasmas, los mira a la cara, aprende a aceptar su compañía, ellos, misteriosamente, mutan a aliados.

Niño con gato

Él se aferra a mí.
Así, toma coraje.
Sólo así pudo abrir la puerta.
Él se aferra a mí como a un puerto,
como a la mano de su padre.
Yo me sorprendo.
Lo miro mirar hacia afuera,
con su fuerza depositada en mí.
Su amor por mí lo hace valiente.
Afuera, un universo diferente.
Adentro, la niñez,
a poco de ser abandonada.
Yo, despidiéndome de mi séptima vida.
He cumplido.

Advertencia

Te clavaré mi ausencia
hasta la médula.
Arrancaré de tu cuerpo
todas mis miradas
y te avergonzará tu desnudez
de mí.
Las estalactitas de tu cama
te herirán la piel
y no estarán mis manos
para sanarla.
Quitaré todas mis carcajadas
de tus oídos
y que el viento los atraviese
y tengas frío
y tus pensamientos sean de hielo.
Haré añicos ese mapa
con el que siempre me encontraste.
A los añicos los prenderé fuego,
al fuego le echaré arena,
a la arena, la tiraré al lago,
para que se evapore.
Cancelaré todos los cursos de agua
para que ninguna gota de lluvia
que me haya mojado, te llegue.

Y que todos tus afluentes
y tus células
conozcan la abstinencia.
El hueco que dejaré
será tan grande,
que temerás caer en él
y no volver nunca.
Y no podrás gritar por socorro,
porque tu voz
sin mi nombre,
será un desierto.

Marea de sombra

En oleadas,
sorpresa su pleamar,
un océano de miedo al miedo,
intenta tragarme.
Subyace, cruel,
el abandono,
que trepa por mis talones
cuando quiero correr.
Me sacudo, pateo,
lo piso
y, servil a las pesadillas,
se levanta, insistente.
Escupo el trago agrio
reconociéndolo falaz.
Así, veo las aguas retirarse
a sus propios abismos.

Sueñocolibrí

Leales, los colibríes,
caminan conmigo.
Tan livianos, tan cercanos.
Brotan como chispas, eclipsando la nada.
Inscritos en mi protoplasma, otros,
juegan a desvanecerse
pero laten,
en un descanso que es sólo espera.

Trabajo de monstruos

El barco de mi pelvis
cae en la cuenta
de un naufragio de piel.
Batallan
mis monstruos.
Aletean viscosos
adhiriéndose a toda fe.
Sus pies de brasa
machacan
mi sendero del centro.
Hicieron un buen trabajo.
Recordarme la vieja herida,
siempre dispuesta a sangrar.

Buen Pastor

Aún allí.

Obsceno. Escupitajo de impunidad.

Un cascarón gris, ayuno de vida.

Las ventanas, ojos desgarrados que chorrean lágrimas negras.

Impúdicas, sus costillas terracota al aire, permiten que brote la vida de su barro seco, lo único nuevo en el perímetro.

Vientos y soles arañaron madera y metal, la sola sangre que hay es el herrumbre.

La esperanza popular blanqueó unas paredes a modo de viva voz y un corazón calado en la mampostería fue más duradero que el amor declarado en él.

Puertas que no son, emparedadas, como guardando un silencio de gritos. Las rejas no detenían las miradas que volaban al cielo. No podían capturar las risas ni el murmullo ajeno de las veredas. Sólo sujetaban mareas de miedo. Demarcaban la frontera entre el deseo y lo invisible.

Mundos paralelos. Dolores contemporáneos.

Lo cotidiano y rutinario de un barrio, contrarrestando lo siniestro y oscuro en el nombre de Dios.

Llantos enjaulados, vidas encorsetadas, a un abrazo de distancia.

Cascaron gris, ayuno de vida.

Y aún, allí.

Hilván de vida

Enhebrados, desde el futuro
como cuentas de estrella y carne,
nos fuimos trayendo
en trama imperfecta.

De a uno, en enjambre de colores,
para reconocer el destello propio
en el del otro.

Para quitar el velo de un ojo ajeno
y así poder ver.

Ella fue la tierra que, como un hilván,
me juntó a la vida,
para que bordara mi deseo.

O mi destino.

Corazón de sol

Ella es luzcanción
Danza de capullos
todos blancos.
Es cielo acá.
Cielo adentro.
Ella nos mira.
Nos ve,
reconoce la estela
y toma un extremo.
Con ella
siempre saco la sortija.

A Guadalupe.

Siempre viva

Sólo sabía brindarse
como una hogaza
en mesa tendida.
Una urdimbre de sol y viento
le abrigaba el corazón
a la intemperie.
Vestigios de luna
giraban en su ombligo
y salpicaban de luz el devenir.
Esquivándole, terca,
al óxido del miedo,
desdoblaba el tiempo,
otra vez.

Trilogía pendiente

I

Unas mujeres
pies de pez,
¿corren o nadan?,
¿llegan o se van?
Nada pendiente
Todo por crear.

II

Dicen que tomó el reverso del guion y se puso a escribir, así, como lo recordaba, para no olvidarse de nada.

Parece que una mujer salió de su casa una tarde de verano.

Que se fue a trepar unos molinos, esos, en donde unos locos habían acarreado sus palabras.

Que llegó y se unió a otros iguales.

Iguales de tensos. Iguales de locos.

En blanco y negro.

Como disimulando el arcoíris que les asomaba por el pecho y por los ojos. Como escondiendo ese montón de flores y de pájaros que habían llevado para soltar del otro lado de la cortina.

Creo que a la mujer el vestido le flotaba sobre las baldosas y que ella flotaba también. Y que su espalda, al descubierto, le respiraba.

Dicen que la cortina, al cruzarla, les desovillaba toda la tensión que les envolvía las alas y que una luz naranja los acompañaba hasta que daban todo lo que habían llevado. Pero que, sin embargo, volvían más llenos que nunca.

La mujer entendió una hermandad muda y se animó a pedir un abrazo. Delante de sus ojos se abrían surcos líquidos, ahí, tan cerca.

Y cruzó.

Al llegar esa noche, ya era invierno.

III

Un magma de agua
le reverberaba
palabras listas para ser tejidas.
Sopló
los pocos añicos pendientes
que le quedaban
para que la lluvia se los llevara.
Otro universo,
esperándola,
como la red del circo.
Supo que volvía a caminar,

Escalando
las piedras de su propia piel.
Trocaba penas en proezas.

Gonzalo Castro

Tiene un cuerpo fuerte para un niño de doce años. Muestra una sonrisa amplia, amistosa. Su tiempo se reparte entre la escuela y hacer vasijas de arcilla. Gusta de caminar con su perro y evitar el bastón blanco. Lo han criado con libertad y cariño. Sin imposiciones. Para él, Dios es la suma de una tibieza en el pecho y una certeza que le da bienestar. Lo encuentra en sus amigos, su perro, sus artesanías, la lluvia en la cara, la cocina de su madre, la voz de su padre. Sabe de memoria la cantidad de pasos que lo lleva, casi, a cualquier parte. No es de estarse quieto ni triste.

Se le terminó la arcilla que tenía y no puede salir a buscar más hasta que pare. Cuando deja de llover, no puede esperar para ir a la barranca con su bolsa y el perro. El olor a las plantas húmedas lo llena de felicidad. Su perro lo acompaña trotando y olisqueando el camino conocido. Para poder bajar, clavó unas ramas en la tierra que le sirven de guía. El suelo está resbaloso. En un momento percibe la garúa en su rostro. Cuando quiere quedar de cara al cielo, pierde el equilibrio. En el camino de caída, su mano curtida no encuentra ninguna rama para agarrarse. Lo último que siente antes de golpear su sien contra aquella piedra, son sus dedos enterrándose en la arcilla y la llovizna humedeciendo su cara.

Su perro aún lo acompaña mientras él modela centenas de cacharros. Fue su ladrido el que guio a su familia y a sus amigos esa tarde. Los sigue llevando cuando lo extrañan un poco.

Cíclico

Se escapa por la tangente
un sol de alquitrán.
Me quedo rota.
Con la luna nadando en un pozo,
inmune a toda queja.
Lo aéreo me busca, lo imanto,
colapsa.
Halos de vergüenza
me visten de pies a cabeza.
Hay un dolor seco.
Ponzoña de miel tibia
sobre cicatrices como sonrisas.
Efecto salmuera
sobre sonrisas como ojos.
Me quedo ciega.

Sincro

Un anciano ve el amanecer sin haber podido dormir. La mañana está gris y húmeda. Un hombre va en su bicicleta a trabajar y mira el cielo encapotado. Una mujer deja a sus hijos en la escuela. Se percibe el olor a tierra mojada. El anciano se viste de traje y se peina con gomina. El hombre llega al negocio y entra su bicicleta porque empieza a lloviznar. La mujer se dedica a los quehaceres domésticos en una casa de familia. Hoy planchará. Si llueve, no podrá lavar. El anciano mira su reloj y calcula el tiempo que le tomará llegar a una esquina en particular. Pide un remis. El hombre prende las luces de la carnicería y sube la reja metálica que corta el silencio matinal. La mujer encuentra una lista de compras que le dejó su patrona. El anciano relee la carta que le dejó su primer amor, donde se confiesa. Mira una foto por enésima vez. La lluvia se hace más tupida y algunos truenos colapsan la tranquilidad de los vecinos. El hombre corta osobuco con la máquina y esquiras de hueso salpican el mármol de la mesada. La mujer se pone un abrigo y toma un paraguas antes de salir. La tormenta es espesa, pero no puede detener destinos. Al anciano le palpita el corazón y confía en la decisión que tomó. El hombre pone trapos en la entrada de la carnicería porque el agua sobrepasa el umbral. El anciano, desde un remis, ve la esquina donde vio a su primer amor por última

vez, hace casi cuarenta años. La mujer se arremanga sus pantalones y se aventura a cruzar la calle para comprar unos bifés. El remis del anciano sube a la vereda para que pueda bajar sin mojarse tanto, aunque no le importe. El hombre ve un remis subirse a la vereda de su carnicería. Está cruzado de brazos viendo llover. La mujer abre la puerta de la carnicería y deja el paraguas apuntando al piso, al lado de la puerta. El anciano empuja la puerta de la carnicería y pide permiso para entrar y esperar que pare. El hombre, detrás del mostrador, saluda a la mujer por su nombre. El anciano reconoce ese nombre. Levanta la vista. La mujer es el vivo retrato de su madre. Ella pide bifés cortados finitos para milanesa. El anciano llora de emoción. El hombre es testigo del primer encuentro entre padre e hija. Afuera llueve todavía y el agua no deja ver los cordones.

Una nanat sorprende a Panküll

El frío no detiene a Panküll¹. Tiene un espíritu inquieto y curioso.

Salió a juntar jarilla para su madre mientras sus hermanos duermen.

Se distrae con insectos, los observa. Comparte con ellos el silencio y el paisaje.

Se imagina volando con los pájaros.

Apila algunas piedras cuando quiere recordar un lugar.

El viento zumba entre los espinillos y le hiere la piel.

A poca distancia, unos hombres extraños lo observan.

Al verlos se sorprende. Sonríe al notar su indumentaria diferente.

Le hablan.

Sorprendido, no reconoce su nanat².

¹ Panküll significa “cachorro de puma” en huarpe.

² Nanat es “lengua” en allentiac (dialecto huarpe).

Encuentros inesperados

Panküll piensa

¿Quiénes son? ¿Nunca los vi?
Son distintos. ¿Qué quieren?
El más alto se acerca.
Están preocupados, enojados. No entiendo...
¿Y su piel? ¿Con qué se la cubren?
No veo a nadie de la familia cerca.
No hay ruido de pájaros.
Se me hizo un nudo en la panza.
¡No entiendo! ¡No entiendo!
El corazón se me sale por la boca.
Otro sol le brilla en su cabeza.

El Conquistador piensa

No hay más que piedras y plantas hirientes por
leguas.

Estoy cansado. El viento me doblega.
¡Hay un niño nativo! Acaba de vernos... «¡Hola!»
No se ve a nadie más alrededor.
No quiero que se asuste.
Debe tener la edad de mi hijo cuando me despedí.
Sus mocos se le secan en la cara oscura.
Ya les proveeremos de ropa y calzado.
Ya les proveeremos de Dios.

Encontrando la muerte 1

Aún corría. Un silencio opaco le anidó en los oídos.

De pronto, lo que tenía frente a él no era el horizonte. Eran nubes grises que bordaban el cielo del atardecer.

No se sintió caer. Tuvo que mirarse el cuerpo para ver su costado abierto por la bayoneta.

La sola visión de su propia herida y un frío subiéndole desde las piernas, le hicieron saber que su muerte era inminente.

Aflojó la tensión que le quedaba en los músculos y percibió la compañía de sus ancestros, más nítida que todos los días.

Se dejó ir.

Encontrando la muerte 2

Aún corría. Un silencio opaco le anidó en los oídos.

De pronto, lo que tenía frente a él no era el horizonte. Eran nubes grises que bordaban el cielo del atardecer.

No se sintió caer. Tuvo que mirarse el cuerpo para ver su costado abierto por una lanza.

La sola visión de su propia herida y un frío subiéndole desde las piernas, le hicieron saber que su muerte era inminente.

Tensionó como pudo los músculos, tratando de evitarla. Se encomendó a los ángeles para que intercedieran.

No quería morir.

Milagros

Sueño con el continente encriptado
de sus manos.
Con su armadura de piel
cercando el silencio.
Sueño que me sueña.
Que me dibuja en volutas iridiscentes.
Lo sueño libre.
Que puede crearme a su antojo.
En geografías distintas o haciendo milagros.
Me sueña subida a un peñón,
y que desde allí veo el fondo
de un océano de tul.
O que no voy a su arboleda,
que lo evito, que me escapo.
Pero yo estoy parada detrás de un álamo.
Cuando sueña que soy niebla, lo soy.
Soy niebla, soy agua atomizada.
Y si me sueña sin sombra,
pienso que eso sólo puede ser un sueño.
Me sueña líquida y resbalo, y me vuelco.
A veces me evaporo.
Otras, caigo en picada,
aguacero rojo o marejada turbia.
Me sueña también entre mujeres.

Y me sueña con barcos,
me sueña con tigres.
Con estrellas.
Me sueña.

Índice

Primeros pixeles _____	5
Agradecimientos _____	6
Palo Santo _____	7
Algunos griegos _____	8
Otro Minotauro _____	10
Minotauro y Teseo _____	11
Sueño vegetal _____	13
ADN _____	14
Onirogénesis _____	15
Presencia _____	16
Intentos _____	17
Decisión _____	18
Rutina _____	19
Angustia congelada _____	20
Palabras para no decir _____	21
Fe en el olvido _____	22
Palabra incierta _____	23
Elucubraciones _____	24
Cara de mandala _____	25
Contacto _____	26
Terrestre _____	27
Así la veo _____	28
Plutoniana _____	29
Retrospectiva intergaláctica _____	30
La punta del iceberg _____	32

Dolor abisal	33
Hija del trueno	34
Instante rojo	35
Rastros de azufre	36
Caja de mar	37
Piel de jardín	38
Desdoblada	39
Cinco microcuentos	40
Manos humanas	42
Manos celestes	43
Elementos desbordados	44
Tenacidad	45
Precesión	46
Despielando	47
Profecía de lluvia	48
Don Gervasio	50
Médium canción	51
Haber	53
Mujermiel	54
Definición de Caos	55
Privacidad de planeta	56
Clarividencia	58
Una muestra simultánea	59
Infinito pixelado	60
Mutación	62
Castigo	63
A la morochita	64

Desmemoriado	65
Niño con gato	66
Advertencia	67
Marea de sombra	69
Sueñocolibrí	70
Trabajo de monstruos	71
Buen Pastor	72
Hilván de vida	74
Corazón de sol	75
Siempreviva	76
Trilogía pendiente	77
Gonzalo Castro	80
Cíclico	82
Sincro	83
Una nanat sorprende a Panküll	85
Encuentros inesperados	86
Encontrando la muerte 1	87
Encontrando la muerte 2	88
Milagros	89
Índice	91

EBOOK Elaborado por la editorial **Caminos de Tinta**.
San Luis, Argentina.

Versión en formato PDF.